

# LA ULTIMA OBRA DE **JOHN STEINBECK**

por J. J. COY, S. J.

"Now is the winter of our discontent  
made glorious summer by this sun of  
York."

Shakespeare, "Richard the Third"

El invierno de nuestro descontento: de las líneas iniciales del "Ricardo III" de Shakespeare toma su título la última, por ahora, novela de John Steinbeck. Una novela honda y dolorosa, sincera, autopsia alarmante de la sociedad, de cualquier sociedad, juguetona suicida de la propia vida. Así, en este estado de autodestrucción, la ha visto el novelista norteamericano.

No es la primera vez, desde luego, que una obra literaria americana nos encara con agudos problemas sociales. Esta novela y Steinbeck mismo encajan perfectamente dentro de la gran tradición del realismo norteamericano, iniciado a comienzos del siglo XX y que viene a ser "el producto de una sociedad en expansión, con una economía potente. Luego llega la primera guerra mundial. El contraste entre la posición oficial de optimismo y la inquieta y peligrosa realidad produce una literatura que señala con cansados dedos la anormalidad e inestabilidad de aquella sociedad..." (1). Sinclair

Lewis y Francis Scott Fitzgerald fueron dos de los más representativos escritores de aquel momento determinado, dentro de cuyas características literarias encaja esta novela de Steinbeck. Aun desplazada algo, en sentido estricto temporal, no perdamos de vista que Steinbeck es un escritor ya hecho y que, aun produciendo en estos años que vivimos, ni su estilo ni su técnica ni su temperamento artístico corresponden a lo que podemos esperar de otros escritores "recién llegados".

"The winter of our discontent", aun habiendo sido publicada en abril de 1961, queda desplazada, un poco anticuada, desde un punto de vista estrictamente literario. Pero su temática y su discreta calidad técnica tampoco puede decirse que hayan caducado. Steinbeck, en cualquier caso, sigue sus propios caminos y se mantiene con excelente criterio en los temas y en las técnicas que más se le adaptan. "El invierno de nuestro descontento" es una excelente muestra de cuanto venimos diciendo.

Es ya clásico —y tópico— citar "Las uvas de la ira" como la mejor producción de Steinbeck. En cualquier caso, como en "Travels with Charley", como en "La luna se ha puesto", como en "La perla", Steinbeck se encara una y otra vez con problemas sociales acuciantes. Idéntica actitud le mueve en "El invierno de nuestro descontento" —dando por descontado, desde luego, que esas preocupaciones sociales quedan matizadas en cada caso concreto—. Aquí, por ejemplo, habremos de tener en cuenta implicaciones éticas fundamentales. Y algunos aspectos también psicológicos —no en vano la obra está narrada en primera persona— que giran siempre, muy bien manejados, alrededor del problema social con el que el autor se encara.

Este triple aspecto señalado —es decir, ético, psicológico y sociológico— se encarna en la figura del protagonista de la obra, Ethan Hawley. Steinbeck nos presenta a un personaje vivo, en estado crítico, es decir, en lucha con fuerzas antagónicas que se desarrollan en el interior de esa persona humana. Tenemos en primer lugar una tensión constante entre libertad y circunstancia: y queda anulada el conflicto socio-psicológico.

Tenemos también, al mismo tiempo, un problema crudo y amargo de ética y moralidad, alrededor del cual, de nuevo lo sociológico se conjuga con lo moral. En esta doble lucha se debate el alma de este hombre honesto, de este hombre que quisiera seguir siendo honesto...

"El invierno de nuestro descontento" trata, en efecto, de señalar el contraste entre la posición oficial de optimismo y la inquieta y peligrosa realidad. La semejanza de esta novela de Steinbeck con "Babbitt", por ejemplo, con las grandes denuncias sociales de John Passos, o con las acusaciones enérgicas de Elmer Rice, justifica esta inclusión de John Steinbeck en una generación literaria anterior, no estrictamente nuestra contemporánea. Una generación literaria anterior a la segunda guerra mundial: "Las uvas de la ira", por ejemplo, es de 1939. Y ya antes, en 1935 y 1937, respectivamente, Steinbeck había publicado otras dos obras primerizas, una de las cuales, "Of Mice and Men", fue best-seller. En "Las uvas de la ira" está lo mejor y lo más significativo de John Steinbeck: temática, estilo e idénticas preocupaciones literarias le han movido a escribir "El invierno de nuestro descontento". Ahora del Oeste venimos al Este, de un problema agrario a una pequeña ciudad, de planteamientos más extrovertidos a un enfoque del problema eminentemente interno.

Ethan Hawley. Hijo de una de las mejores familias de New Baytown, pequeña ciudad en la costa este de los Estados Unidos. Una pequeña comunidad típicamente americana: con mayoría protestante y, por tanto, de matiz electoral republicano, con un pasado glorioso —más o menos glorioso, entiéndase bien— y con todos los elementos que constituyen estas pequeñas comunidades iguales, todas exactamente iguales a lo largo y a lo ancho de la geografía de los Estados Unidos. Pequeñas ciudades que parecen estar hechas en serie, sin apenas personalidad propia, monótonas... Los domingos por la mañana parecen ciudades fantasmales, desiertas, mudas y sordas. Calles amplias y muy bien asfaltadas, limpieza y orden, orden y limpieza. Pero son ciudades sin "carácter" individuante. En una de

estas ciudades, pequeños pueblos habría más bien que llamarles, localiza Steinbeck la acción de su invierno y de su descontento. Ethan Hawley, se encuentra por esas cosas que pasan, como diría Cela—convertido en modestísimo empleado de una modestísima tienda de comestibles. Con un pasado de claro signo aristocrático, su actual presente le pesa como una losa. Pero aparentemente se resigna... ¿O no se resigna? A esto va la novela de Steinbeck, a analizar con cuidado, delicadamente, ese campo de batalla que es el corazón de este hombre en el que se encuentran fuerzas antagónicas que tratan de destruirse mutuamente. A eso, efectivamente, pretende responder "El invierno de nuestro descontento" (2). Veamos ya, detenidamente, los dos momentos o los dos aspectos de la crisis fundamental que se desarrolla en el interior de Ethan Hawley, los dos encuentros esenciales que más arriba han quedado señalados.

### El hombre ¿es libre?

¿Es libre Ethan Hawley? ¿Hasta qué punto es capaz de resistir la influencia del medio ambiente, de cuantos le rodean? ¿No queda, en parte al menos, determinada su conducta por las insistencias de su esposa, los desprecios más o menos inconscientes de sus hijos, los empujones disimulados por enérgicos de su "buen" amigo Mr. Baker? Ethan Hawley, hijo de una familia profundamente honorable, casta de caballeros —y perdónese-me semejante expresión—. Heredero de un pasado limpio, intachable. Reducido actualmente a una humillante condición de modestísimo trabajador a sueldo. Su esposa insinúa, su amigo Baker aconseja, las circunstancias se le presentan al paso, aun sin él buscarlas. ¿Aprovechará esas circunstancias —sucio aprovechamiento— o seguirá toda su vida sumido en esta que a él se le antoja inhumana condición? Sin automóvil, sin comodidades, sin tener siquiera —el reproche es del hijo Allen —aparato de televisión...

En un momento determinado se encara con el chiquillo: "¿Es que necesitas ser rico, Allen? ¿Es que lo necesitas?" Y el muchacho contesta decididamente: "¿Pero tú piensas que me gusta vivir sin motocicleta? Por lo menos veinte de

mis amigos tienen ya motocicleta. ¿Y qué pensar cuando la propia familia no tiene carro, para no hablar de aparato de televisión?" (Ibidem 77). La hija, Ellen, sólo tiene trece años, pero en ciertos aspectos se diría que se trata de una chiquilla precóz. También ella, más o menos conscientemente, desprecia a su padre por esta situación económica modesta en que la familia se desenvuelve. "Tan sólo anoche Ellen me preguntó: 'Papá, ¿cuándo seremos ricos?' Yo no le dije algo de lo que estoy seguro: 'Pronto serás rica, hija, pronto lo serás. Pero tú, que no has sabido sobrellevar la pobreza con dignidad, no sabrás tampoco llevar la riqueza dignamente.' Y esto es verdad! En estos tiempos de pobreza es envidiosa. Cuando sea rica quizá se convierta en una snob. El dinero no cambia la enfermedad, tan sólo los síntomas." (Ibid. 104).

Y acuciado por presiones exteriores, este hombre sucumbe. Ven- de a sus dos mejores amigos, al pobre Danny, inútil y alcoholizado. A Marullo, el italiano dueño de la tienda. Y se embolsa las herencias de su deshonestidad. "La estructura de mi cambio de conducta se debió a sentimientos, presiones del exterior. Los deseos de Mary, el anhelo de Allen, el disgusto de Ellen, la ayuda de mister Baker. Solamente al final, cuando los hechos han sido casi consumados, acude el pensamiento a tratar de justificar semejantes acciones. Se pone el techo al edificio ya construido y uno aduce ciertas razones que tratan de justificar y explicar lo inexplicable e injustificable." (Ibid. 98).

Otro factor adverso en esta batalla, en esta constante lucha contra la deshonestidad, viene de la propia soledad. Ethan se encuentra absolutamente solo. No encuentra en nadie una confirmación suficientemente enérgica que le asegure en sus buenas intenciones, en sus deseos de jugar limpio, de no vender ni venderse, de no traicionar a sus dos mejores amigos. En un momento crítico de su problema se encara con su esposa: "¿Quién eres tú? Mary, ¿me oyes? ¿Quién eres tú?" (Ibid. 55). Pero la mujer está durmiendo y ni oye ni quiere oír. Tiene excesivo egoísmo o excesiva falta de inteligencia para comprender a su marido, para intuir la profunda tormenta in-

terna que se debate en lo más hondo de su alma. No, es menos comprometedor quedarse en la superficie ante cualquier expresión, ante cualquier cabo suelto que pudiera llevar al fondo del problema, reaccionar como si aquello fuera una broma: fastidiosamente, irritantemente, la sola reacción de esta mujer ante ciertos detalles extraños de su marido es invariablemente la misma: "siempre estás bromeando". Actitud que le hace repetir a Ethan una y otra vez la triste cantinela del desamparo: "Cuando el hombre se encuentra solo, cavila demasiado sobre cualquier cosa..." (178). Y más adelante, ya casi al final de la obra, Ethan reconoce desconsoladamente: "No es cierto que en el mundo haya una comunidad luminosa, una especie de fuego bienhechor común. No, cada uno lleva el suyo propio, el suyo propio y solo." (297).

La crisis, por tanto, es grave, pues es un alma sola contra todo un medio ambiente que insiste y vuelve a insistir. Un medio ambiente tanto más doloroso cuanto que es el más familiar. Un concepto honesto de la existencia, el de Ethan, sin concesiones a las excusas y a las racionalizaciones, contra esa postura, tan frecuente en ocasiones, que ha quedado denunciada y condenada de una vez por todas en "La muerte de un viajante", de Arthur Miller: la vida en función del dinero. No puede haber en este mundo otra clase de éxito y de progreso que el éxito y el progreso del dinero. No importan los medios, no nos paremos en meticulosidades. Sigamos adelante. No hay más moralidad que la del triunfo: fracaso significa inmoralidad; éxito, justicia. Contra esta idea de la mujer, de los dos hijos y un consejero deshonesto él mismo, lucha Ethan Hawley. Pero al final sucumbe.

La libertad humana, con todo, queda salvaguardada. Ethan se convierte en un hombre inmoral, "como casi todos", pero no llega a ser lo suficientemente deshonesto para tratar de engañarse a sí mismo. Naturalmente, las circunstancias tienen su peso. Y pueden, en ocasiones, mermar la libertad humana hasta tal grado que en ciertas situaciones pueden llegar a hacer desaparecer la responsabilidad moral del causante de esos hechos.

Es decir, el causante de ese hecho nunca tuvo en realidad ninguna clase de culpabilidad moral, pues el primer requisito absolutamente esencial para que los actos del hombre se conviertan en actos humanos es el libre albedrío. Sin libertad no hay ni virtud ni pecado, sin libertad no hay posible orden moral. Todo el orden moral, ético, está montado sobre la presuposición suficientemente demostrada de que el hombre es libre, de que ante el bien y el mal puede escoger uno y rechazar el otro, de que el hombre puede inclinarse indistintamente a un lado o al contrario. De su libre albedrío, del ejercicio de su libertad, saca sentido moral la acción realizada. Pues bien, ¿influyen tan decisivamente las circunstancias y presiones externas sobre Ethan Hawley como para hacer desaparecer la culpabilidad, la responsabilidad moral por la venta miserable del dueño de la tienda en la que trabaja y de Danny, su mejor amigo de siempre? Ethan cree que no. Quizá esos factores pudieran servir de atenuantes, pero nunca de justificantes. Ethan es consciente, de punta a cabo de su crisis, de su libertad, de su capacidad para decir sí o no a las insinuaciones de cuantos le rodean. No trata de engañarse a sí mismo. "Sería demasiado fácil decir que hice todo esto por mi familia porque yo sabía que sólo véndoles en situación confortable y segura yo tendría el sentimiento de mi propia dignidad." Y cuando sus dos deshonestidades han quedado perpetradas no puede olvidarse de ellas, no trata de encubrirlas con el velo más o menos eficaz del olvido: "Pero los documentos garabateados de Danny me herían como un dolor profundo, lo mismo que los ojos agradecidos de Marullo..." (ibídem 215). También la memoria de su padre, del "viejo capitán", como le suele llamar, irrumpe más fuertemente en su vida, con un claro matiz de reproche. "El viejo capitán me evitaba. No se me había presentado de modo nítido... bien, desde Pascua. Yo sé que cuando algo tengo que reprocharme a mí mismo el viejo capitán no se me presenta con claridad. Esta es una especie de comprobación de mis relaciones personales conmigo mismo." (ibid. 264). No, Ethan Hawley no se engaña.

Ethan Hawley sabe que él es responsable de sus propios actos, que ha obrado libremente. Las circunstancias pueden ayudar a comprender sus actos, jamás a justificarlos.

Esta crisis psicológica que ha quedado sumariamente presentada, esta interna agonía de Ethan Hawley que se debate entre presiones sociales y personales de difícil conciliación, queda muy fuertemente presentada gracias a la habilidad técnica de John Steinbeck. Hemos dicho de pasada, más arriba, que no en vano la novela estaba escrita en primera persona. Efectivamente, pocos géneros de narración como éste se presentan al análisis psicológico, a la introversión, al encararse con uno mismo. La verdad psicológica de la evolución del personaje central es magnífica. Y el ahondamiento, el escarbamiento personal en la propia interioridad, y el análisis sociológico que de rechazo se presenta resultan en una novela francamente interesante, verdadera, dolorosa. "El contraste entre la posición oficial de optimismo y la inquieta y peligrosa realidad produce una literatura que señala con cansados dedos la anormalidad e inestabilidad de 'esta' sociedad." (3). Aun dicho de otro momento literario distinto, estas observaciones resumen también de modo perfecto el tipo de literatura a que John Steinbeck nos tiene acostumbrados.

Tras el estudio del conflicto socio-psicológico, del enfrentamiento de la persona con el medio ambiente desde un punto de vista eminentemente psicológico, estudiemos ya el otro conflicto que ha quedado reseñado, es decir, el ético-sociológico, o si prefiere, el enfrentamiento de la persona con el medio ambiente, esta vez desde el punto de vista de la moral.

### **Honorabilidad social no es moralidad**

Como hemos dicho en otro sitio, hablando de la reacción de ciertos críticos ante el teatro de William Inge, ante algunas de sus obras especialmente, deberíamos siempre tratar de distinguir entre honorabilidad social y moralidad, en el estricto sentido de la palabra. Pues no siempre, desde luego, coinciden. Hay personas de extraordinario

prestigio social que son o pueden ser, al menos, absolutamente inmortales. Y hay otras personas, en cambio, que, a pesar de sus escasas cualificaciones "sociales", resultan perfectamente honestas. Ambas ideas pueden coincidir, pero no siempre de hecho coinciden. Como no tienen por qué coincidir, necesariamente, los actos internos con los externos. De aquí nace a veces el farisaísmo, pues lo que verdaderamente cuenta son las intenciones. Y a actos perfectamente honorables pueden responder intenciones absolutamente corrompidas o desviadas que vician de raíz, interiormente, lo que para los demás parecen actos de virtud. Aclarar estas ideas me parecía necesario antes de encarar el problema ético que la obra de Steinbeck plantea: un problema ético, desde luego, con profundas repercusiones sociológicas. Aquí radica en gran parte la fuerza de la denuncia del novelista norteamericano.

La duda que atormenta a Ethan Hawley puede ser encarada desde dos diversos puntos de vista. Una sola es la duda, claro está, y una sola la crisis. Pero por motivos pedagógicos de exposición nos pareció razonable separar estos dos momentos que en la novela se interpenetran y se funden en el alma del protagonista. Veamos, ya, por tanto, las implicaciones éticas de los actos de Ethan Hawley.

Antes de empezar a desmenuzar el proceso ético de esta agonía interna a la que aludimos, habremos de hacer hincapié en un aspecto que nos parece importante para llegar a entender el sentido y alcance de esta crisis. Pues no debemos olvidar que Hawley se mueve en una tradición eminentemente protestante, fuertemente tocada de calvinismo. Sólo llegando a comprender este factor calaremos en todo su significado en los motivos, las dificultades y también los criterios que guían a este hombre. En efecto, el calvinismo, desde su fundación, "comprende la nueva mística de la burguesía de los negocios y la incorpora a su religión: el trabajo, y aun los beneficios, apartan del vicio e imitan la actividad divina. La riqueza es señal de bendición y predestinación. El pobre es sospechoso de vagancia y maldición. Hay que reconocer que Calvino fue perspicaz

en discernir ciertas verdades del capitalismo naciente. Pero cualquiera ve que jugaba con fuego: el calvinismo alentó una formidable actividad económica, pero también la plutocracia hipócrita y farisaica, la explotación despiadada del pobre..." (4). Y no olvidemos, claro está, que este país, aun con fuertes minorías de diverso signo religioso al protestante —católicas y judías, sobre todo—, es, a pesar de ello, eminente y tradicionalmente comprometido con el protestantismo. Nada tiene de extraño, por tanto, que un protestante como Hawley, en una comunidad protestante como New Baytown, reaccione de la forma que reacciona.

A sus actos deshonestos en busca del dinero, del éxito social, de la honorabilidad, se contraponen el más elemental sentido de la dignidad, de los principios éticos más fundamentales. Ante estos "escrúpulos" Ethan Hawley trata de responder con "razones", siendo la primera de ellas, la más obvia, el hecho de que "todo el mundo lo hace así". Efectivamente, "todo el mundo lo hace, me figuro" (5). ¿De dónde han salido algunas de las dinastías más poderosas, en Norteamérica, en el mundo de la Banca y las finanzas? "Bien, empezaron de modo decisivo vendiendo carne a los ingleses cuando nuestro propio país estaba en guerra con ellos. Y en cambio ese dinero es hoy admirado y respetado por todos. Y otra dinastía, probablemente la más grande dinastía de banqueros en este país... El fundador de ella compró trescientos rifles al ejército. El ejército los había desechado anteriormente por considerarlos gravemente defectuosos, de modo que él los compró muy baratos, a cincuenta centavos la unidad. Muy pronto el general Fremont estaba dispuesto a comenzar su heroica campaña en el Oeste, y compró los mismos rifles, sin haberlos siquiera inspeccionado, por veinte dólares cada uno. Nunca nadie supo si llegaron a explotar en manos de los soldados. Y éste es el dinero que engendra dinero. No hace al caso el modo como lo consigas con tal de que lo sepas usar y lo aumentes." (ibid. 62). El mismo hijo de Ethan tiene, por lo visto, estos mismos criterios que todavía no son de su pa-

dre. "¿No te preocupan los aspectos morales del asunto?", le pregunta el padre al chiquillo, implicado ya también en cierto género de negocios sucios. El muchacho ni se inmuta: "Caramba, todo el mundo lo hace (ibid. 181). Y en el despojo criminal de la propiedad de Danny, Ethan se dice a sí mismo: "Mr. Baker trató en vano de hacer lo mismo que yo. Esto me justifica... una injustificación que en ocasiones todos necesitamos. Pero con todo Danny permanecía doliéndome en el alma..." (ibid. 233). No, Ethan tampoco es capaz de engañarse a sí mismo con este fácil truco del "todos lo hacen".

Tampoco acepta la táctica del sofoco, el tratar de acallar los propios remordimientos. Porque lo difícil es empezar, pero una vez en la cumbre habrá llegado la hora de ser bondadoso, amable, honrado... "Quizá estos sentimientos se produzcan sólo al comienzo. Pero eso debe ser encarado. En los negocios como en la política, un hombre debe hacerse su propio camino aun contra los demás hombres para llegar a ser una especie de "rey en su montaña". Una vez allí, ya uno se puede permitir el lujo de ser magnánimo y amable, pero ante todo se debe llegar a la cumbre." (ibid. 164).

Precisamente este sentimiento es el que provoca el farisaísmo a que antes se aludía: el pensarse honorable mientras el éxito exterior acompaña. Este éxito es signo de bendición divina: el pobre se convierte, automáticamente, en sospechoso de pereza. "Supongamos que mi humilde e interminable trabajo de dependiente no era una virtud, sino simplemente pereza disfrazada. Para tener éxito en cualquier aspecto hay que arriesgar... Quizá tan sólo lo que pasaba es que yo era tímido, miedoso, temeroso de afrontar las consecuencias... en una palabra, perezoso" (ibidem 98). Pero una vez que esos riesgos han sido emprendidos, una vez que se sale —por los medios que sean— de ese estado de inercia, el triunfo tiene que ser inevitable. El triunfo es acompañado inmediatamente de honorabilidad; el fracaso, de deshonor. "Si entre las autoridades y los negociantes de la ciudad se hubiera hecho una investigación a fondo, se hubiera comprobado con asombro que mil y una reglas morales

habían sido violadas... Habían abolido parte del Decálogo para guardar el resto. Y en caso de necesidad, cualquiera de nuestros más honorables conciudadanos recuperaba su virtud tan fácilmente como uno se cambia de camisa, y todo lo que podía ser advertido era que nadie se daba por ofendido, dando por supuesto siempre que no había sido sorprendido" (ibid. 98). Esta es, por tanto, la norma: éxito, honorabilidad. "El más grande de los éxitos humanos nunca puede ser malo." (ibidem 201).

Pues bien, a pesar de todos estos atenuantes a las acciones de Ethan Hawley, los hechos permanecen. Y el protagonista no acepta ni el farisaísmo, ni ninguna otra clase de justificantes, de cómodos paliativos para acciones sin nombre. Él sabe que —nuevo Judas— ha vendido a su patrón, un pobre e indefenso extranjero... Y ha vendido a su mejor amigo, también desvalido e indefenso, alcoholizado e incapaz de defenderse. Las treinta monedas de plata. Ethan Hawley lo sabe. Y da testimonio de que, aun por encima de ciertas deformaciones de ambiente o tradición, hay algo que permanece en lo más hondo de la conciencia humana: ciertos principios inmutables que algunos sintetizan en dos escuetas palabras: "ley natural". Contra el farisaísmo, contra la hipocresía, contra la sociedad satisfecha de sí misma porque piensa que nadie la conoce... Ethan Hawley no puede engañarse a sí mismo, no acepta semejante mentira que el mundo y las circunstancias le brindan de modo propicio. Ethan Hawley, al fin, queda destruido. Se suicida. Porque es incapaz de superar su crisis de descontento... "Todas estas cavilaciones eran el tejado encima del edificio de mi disgusto y mi descontento." (ibidem 99). Y ese descontento y ese disgusto, desde luego, no es fenómeno individual, sino social. En realidad la autodestrucción de Ethan Hawley es tan sólo una señal premonitara de la autodestrucción a que, a menos que se corrija, queda condenada la sociedad en que semejantes hechos se producen frecuentemente. "Podemos lanzar cohetes espaciales, pero no somos capaces de curar nuestra desilusión y nuestro descontento." (ibid. 167). La desilusión y el descontento que acompañan a cualquier sucia jugada, por

causa del dinero. Poca cosa es el dinero para que, al fin, satisfaga ciertos actos inconfesables. El dinero, como tantas otras cosas, encandila. Después, si no ha estado limpiamente adquirido, asquea.

"...y entonces llega el momento de un discreto desaparecer, una retirada honorable, no dramática, no un castigo a mí mismo o a mi familia —simplemente un adiós, un baño caliente y una vena abierta, el mar cálido y una hoja de afeitarse" (ibid. 298). Es el desenlace.

### Conclusión

Estos han sido los dos problemas fundamentales con los que nos ha encarado la obra de Steinbeck. El valor de la novela, desde un punto de vista más formal, es notable, sin excelencias sobresalientes, pero con una discreta y mediana dignidad. El tipo de narración empleado, bien escogido. Y con estos instrumentos, bien manejados, asistimos a la transformación de julio, caluroso y luminoso mes, en el que la acción de la novela tiene lugar, en un crudo y desamparado frío invierno, el invierno de nuestro descontento. Porque las acciones humanas tienen un valor moral que la intención de la persona que las realiza determina con frecuencia. Al menos, digámoslo categóricamente, el éxito financiero o social no justifica de ninguna manera ciertos actos que, a pesar de todo, siguen siendo absolutamente inmorales. Y aunque en la superficie, aparentemente, se desarrolla un "verano glorioso" —como el que provoca el sol de York—, en el fondo el invierno del descontento, el infierno de la propia insatisfacción, tienen lugar. Unos hombres se engañan o creen engañarse. Y otros no. Esta es la diferencia.

### NOTAS

(1) Javier Coy, "Sentido y alcance de la Beat Generation", *Filología Moderna*, Madrid, n. 11-12, página 110.

(2) John Steinbeck, "The Winter of our Discontent", Bantam Books New York, 1962.

(3) Javier Coy, art. cit. nota 1.

(4) Juan Espinosa, "Historia Universal", UCE, Quito, 1959, tomo II, página 182.

(5) *The Winter*, pág. 62.

# LA EDUCACION DE ADULTOS

por JOSE MANUEL RUIZ

El sueco se pasa la vida estudiando. Así se explica la posibilidad de vivir en una sociedad tan complicada. Para encuadrar el tema de este artículo dentro del plan general de educación en Suecia expondremos brevemente el sistema general hoy vigente.

### SISTEMA DE EDUCACION SUECO

Dejando a un lado los Jardines de Infancia, los Hogares para hijos de madres ocupadas en trabajos fuera de casa, etc., pasemos a la educación general. Consta de cuatro etapas, de las cuales la inferior o escuela elemental es para todos los niños suecos obligatoria. Es inútil, pero interesante, indicar aquí que el último analfabeto sueco desapareció hace 71 años.